

R-2106

Año V.

Teruel 15 de Enero de 1885.

Núm. 1.º



Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TURIA **D. Jerónimo Lafuente**, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos.

Véanse los precios de suscripcion en la cubierta.

SUMARIO.

Crónica, por Un Teruelano.

Júpiter y la oveja, por D. J. E. Hartzbusch.

El invierno, por D. J. M.ª Serrate.

Música Religiosa, por D. M. Atrian y Salas.

Bosquejos, por D. A. Garcia Llansó.

Fisiología popular, por el Dr. Tolosa Latour.

Anuncios, en la cubierta.

CRÓNICA.

QUIMPENZAMOS el quinto año de nuestra REVISTA, dando las gracias á todos cuantos han contribuido y siguen contribuyendo á su sostenimiento. Las numerosas cartas que recibimos, alentándonos á continuar, nos satisfacen, y seguros pueden estar nuestros queridos paisanos de que haremos por nuestra parte cuanto podamos para que la REVISTA DEL TURIA siga mereciendo su benevolencia.

La viñeta que hoy debíamos

estrenar y que, por efecto del tiempo, no ha llegado de Barcelona y la nueva forma que hemos dado á la publicacion, sin que por esto tenga menos lectura que antes, á la que á fin de año agregaremos los pliegos necesarios con un Índice de lo contenido en los 24 números que han de distribuirse, prueban los deseos que tenemos de complacer á nuestros favorecedores. Saben estos que nuestros móviles no son interesados; son los que hemos hecho públicos en diferentes ocasiones en las páginas de la REVISTA y tan conocidos que nos parece inoportuno repetirlos en este lugar.

La inmensa catástrofe de que han sido, ó mejor dicho están aún siendo víctimas las provincias de Granada y Málaga no tiene ejemplo en España, ó al menos no recuerda otra tan grande la generacion actual. Centenares de pueblos instantáneamente convertidos en otros tantos montones de ruinas, y bajo estas ruinas sepultada la mayor parte de los habitantes de los mismos, y lo que es no menos horrible, los sobrevivientes inciertos de si dejarán de serlo dentro de breves horas, y la horrible perspectiva de que cuando cesen por completo estos espantosos estremecimientos de la tierra que hasta llevan consigo la aterradora idea de si erupciones igneas sucederán á los estremecimientos, y de si en un porvenir, más ó menos cercano, la inmensa catástrofe se renovará de nuevo!!

Una epidemia, una inundacion, una guerra civil, un huracan, una gran sequía, cualquiera de las grandes calamidades con que Dios ha solido consternar y aflijir á España, es menos aterradora que la que cubre de ruinas, lágrimas y sangre á Andalucía desde el 25 de Diciembre último. Así se explica el hondo y universal sentimiento de compasion que esta catástrofe ha despertado, y el nobilísimo, el cristiano, el firme propósito que cuantos tienen noticia de ella han concebido de no omitir sacrificio para contribuir, en cuanto en lo humano es posible, á aminorar sus consecuencias.

Vemos á los poderes superiores del Estado, vemos á todas las corporaciones, vemos á la prensa periódica, vemos á todos dispuestos á cooperar á esta santa obra.

Dios nos ha preservado á los que habitamos esta region de la gran desventura de Andalucía, y nos preserva casi siempre de las grandes calamidades que suelen aflijir con frecuencia á otras regiones de España.

Esta circunstancia debe ser razon más y unirse á nuestra natural compasion para que contribuyamos cuanto nos sea posible á prestar amparo á las desventuradas provincias de Granada y Málaga, sin que por esto desatendamos á nuestros pobres, pues si sin salir de aquí podemos ejercer la caridad en todas ocasiones, más especialmente en estos días en que muchos jornaleros están con los brazos cruzados, efecto de la nieve que cubre el suelo desde ha-

ce un mes próximamente, sin encontrar medio alguno para llevar trabajando un pedazo de pan á su familia, tanto más cuanto que el Municipio carece de recursos con que atender á estas necesidades del momento, pues si los tuviera, ya habria á estas horas proporcionado jornales á tantos braceros como se ven por esas calles sin trabajo, aun cuando fuera dedicándolos á limpiar de hielo las calles principales y los caminos más frecuentados, con lo que se evitarían caídas peligrosas de personas y caballerías. Verdad es que somos pobres, pero también lo es que somos viciosos. Sin contar la casi fabulosa suma que solo en Teruel hemos *tirado* en la lotería de Navidad, véanse las enormes cifras á que asciende lo que se gasta en *humo* en España:

Los rendimientos obtenidos por el Estado con el tabaco desde el año 1846 hasta 1882, son los siguientes:

Años económicos.	Pesetas.
1846.	35.721.654,33
1847.	37.636.530,59
1848.	39.429.907,48
1849.	41.593.472,47
1850.	43.968.979,45
1851.	46.792.435,63
1852.	47.120.824,08
1853.	47.92.662,10
1854.	50.100.274,57
1855.	51.706.295,94
1856.	55.751.682,21
1857.	61.605.182,77
1858.	66.017.730,89
1859.	68.467.193,45
1860.	72.653.314,23
1861.	77.632.693,61
1862 y los seis primeros meses del	

año 1863.	124.819.892,11
1863 64.	88.809.143,52
1864 65.	91.390.253,87
1865-66.	90.270.378,40
1866 67.	86.930.876,06
1867 68.	80.036.762,24
1868 69.	68.132.977,09
1869-70.	55.926.512,64
1870-71.	61.211.951,61
1871 72.	69.695.681,19
1872 73.	71.374.913,61
1873 74.	64.249.582,77
1874 75.	65.876.687,19
1875-76.	78.776.875,93
1876 77.	91.810.613,82
1877 78.	97.589.109,85
1878 79.	102.515.129,03
1879 80.	106.625.828,37
1880 81.	114.711.289,56
1881-82.	119.921.937,21

El descenso considerable de la renta de tabacos que se observa desde el año 1868-69 hasta 1875-76, se debe á que durante dicho período se consideró la venta de tabaco como industria libre y sujeta únicamente al pago de contribución al igual que las otras, lo cual produjo disminución de las rentas estancadas.

Se ha publicado el primer número de este año de la útil y amena Revista infantil de instrucción recreativa titulada *Los Niños*, que contiene lo siguiente: *Los aguinaldos*, por Frontaura.—*La inconsecuencia* (cuento), por D. Luis Taboada.—*Joaquín el ebanista* (geometría), por D. Julián López Catalán.—*Invierno*, por D. Julián Bastinos.—*El corneta herido*, por D. Manuel Ossorio y Bernard.—*Ver y no ver* (física), por D. Pedro Arnó.—*Sección de desarrollo*

intelectual, por D. Antonio Anguiz. — Entre los grabados que ilustran dicho número descuellan una alegoría del invierno, original del autor del texto, y dos composiciones alemanas, alusivas á los aguinaldos y á un episodio de la guerra.

La Gaceta Universal y El Entreacto periódico fundado en Barcelona por el Sr. D. Agustín Urgellés de Tovar en 1861, ha publicado el prospecto para el año XXIV, en el cual se consignan las reformas introducidas y ventajas que obtendrán los señores suscritores.

Dicho apreciable colega se publicará en lo sucesivo en gran tamaño, con retratos, grabados, y caricaturas, continuando bajo la dirección de su fundador-proprietario el Sr. Urgellés de Tovar.

Recomendamos á nuestros lectores aquella antigua y acreditada publicación.

Hemos recibido el precioso almanaque musical, publicado por el conocido editor *Romero y Andía*, tan útil como necesario á los inteligentes y aficionados á la música. Forma un tomo en 4.º mayor de 72 páginas, esmeradamente impresas en papel superior, con una elegante cubierta, dibujada por el reputado artista Sr. Taberner, y cromolitografiada en 10 colores por el Sr. Mencía.

Se vende al precio de 2 pesetas

en el almacén de música de *Antonio Romero y Andía* 10, Capellanes. — *Madrid*.

El reputado escritor D. Manuel Ossorio y Bernard acaba de dar á luz un *Album infantil* preciosísimo. Compónese de cuentos, máximas y enseñanzas en prosa y verso, y va ilustrado con 90 lindísimas láminas y viñetas. Como cuesta sólo seis reales, no se puede hacer á los niños regalo más barato, lindo y útil que el nuevo y hermoso librito del Sr. Ossorio y Bernard, consagrado á la niñez, á la que tienen predilección especialísima su esclarecido ingenio y su hermoso corazón.

Los pedidos deben dirigirse al autor, calle del Meson de Paredes 9, — *Madrid*.

Como muestra, lean nuestros suscritores:

••• GLOBO.

Ocultar queriendo en vano

El dolor que la devora,

Marcha una bella señora

Con un niño de la mano;

Y muestra en el triste luto

De su severo vestido,

Que algun otro ser querido

Pagó á la muerte tributo.

Grave vá el niño y tranquilo

Mientras á otros ve jugando,

Un azul globo llevando

Pendiente de sutil hilo.

—Mamá—de pronto exclamó.—

¿Porqué lloras sin consuelo?
 ¿No dices que está en el cielo
 La niña que se murió?
 —¡Ah! sí, el Señor compasivo
 La llevó pronto á su lado. —
 El niño quedó callado,
 Pero siguió pensativo,
 Y tras un momento breve
 Cortó el hilo sin dudar
 Y al globo dejó volar
 A impulsos del viento leve
 —¿Qué has hecho?
 Y el muchachuelo
 A decir se precipita:
 —¡Mandárselo á mi hermanita
 Para que juegue en el cielo!

LA ESCUDILLA.

Tembloroso el pobre abuelo
 Comiendo con su hijo ingrato,
 Suelta de la mano el plato
 Y se le rompe en el suelo.
 Del hijo en los ojos brilla
 Fuego de soberbia insana,
 Y grita:—Desde mañana
 Se le pondrá una escudilla.
 Y para evitar mejor
 Que aquí pueda echarnos manchas,
 Comerá usted á sus anchas...
 Pero nó en el comedor. —
 Llanto de dolor vertiendo
 Que secaba con su mano,
 Levantóse el pobre anciano
 Y se retiró gimiendo;
 En tanto que un nietecillo,
 Que ama el abuelo de veras,
 Coge unas cuantas maderas,
 Unos clavos y un martillo,
 Y en silencio en un rincon,
 Muy gravemente sentado,

Parece estar preocupado
 Con urgente ocupacion.
 Su padre, al verle perplejo
 —¿Qué haces?—Al pequeño chilla.
 —Voy... á hacer una escudilla
 Para cuando usted sea viejo.»

Se ha repartido el núm. 1.º del año XIX, del acreditado periódico del bello sexo, *La Guirnalda*.

Las mejores que ha introducido en su publicación, aumentando el tamaño, mejorando sus grabados y ampliando su texto con el reparto en cada número de un pliego de 8 páginas de una bonita edición de los *Episodios Nacionales*, de Perez Galdós, hacen de este periódico el más interesante y útil para las familias, á las cuales proporciona cuanto en labores, modestas y honesto esparcimiento puede exigir el bello sexo, que sin duda por esto la prefiere á otras publicaciones análogas.

La Ilustracion Nacional, con el noble propósito de asociarse á la gran solemnidad con que se ha celebrado el segundo centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado y al gran regocijo de la milicia, ha publicado un notabilísimo número extraordinario, que está llamando grandemente la atención de cuantos lo conocen. No solo contiene grabados esmeradísimos relativos á la vida del sábio y esforzado Marqués, sino que tambien acrecienta su mérito

escritos de todo lo más distinguido de nuestro ejército, desde el Duque de la Torre, hasta el Sr. don Leopoldo Cano, inspirado poeta y autor dramático.

¿Sabian ustedes que Mazzantini escribe con la misma destreza que dá volapiés?

Léase como muestra un párrafo del Prólogo para un tomo de poesías de un poeta amigo suyo:

«Al ver la osadía de un matador de toros que se intrusa en el cercado de las bellas letras, no faltará quien reproduzca la sátira, tan inocente como injusta, de profetizar que un Campoamor ó un Zorrilla puedan, andando el tiempo, dejarse la coleta, y se escandalice de que un torero se aficiona á las nueve hermanas y haga una excursion por el Parnaso, con ánimo de deleitarse, mientras se desliza la tregua del invierno y retorna la temporada en que el peligro y la muleta le ponen en vecindad con la muerte; pero acontece, y conste en descargo mio, que no abrigo pretensiones de literato, ni hago otra cosa que acceder al ruego de un antiguo amigo conecedor de la inclinacion que, en otros tiempos, tuve á emborronar cuartillas y matar, con la lectura, horas robadas al fastidio y al humo civilizado de los cafés.»

¿Eh, qué tal?

Esto se llama escribir hasta los gavilanes.

La abundante nevada que ha caido durante la noche última ha

venido á hacer más afflictiva la situacion de la clase jornalera de nuestra capital. El aspecto de la atmósfera induce á creer que está lejos aún un cambio de temperatura, por lo que excitamos al Ayuntamiento á que adopte alguna medida con objeto de proporcionar trabajo á los braceros que no lo tienen, seguro de que ha de responder el vecindario todo á su llamamiento. Tome la iniciativa nuestro Municipio que es, á nuestro juicio, el llamado á hacerlo en primer término.

La situación del trabajador es grave y cada dia que pase lo será más, sino se ponen con urgencia los medios para mejorarla.

Un Teruelano.

JÚPITER Y LA OVEJA.

Tantos y tales trabajos
hicieron pasar las fieras
al más inocente bruto,
á la pacífica Oveja,
que á Júpiter hubo al cabo
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.
Júpiter, le dijo: Veo,
y harto de verlo me pesa,
mansa criatura mía,
que te he dejado indefensa.
Para suplir esta falta,
elige el medio que quieras:
las armas que más te agraden,
te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,

ó que tus piés se revistan
de fuertes garras que hieran?

—No quisiera yo, señor
(respondió la descontenta),
cosa que me asemejara
á la raza carnífera.

—¿Será mejor que introduzca
mortal veneno en tu lengua?

—No; que me aborrecerán
lo mismo que á las culebras.

—¿Quieres que te arme de cuernos,
y á tu frente dé más fuerza?

—No; que entónces, como el chivo,
no me artaré de pependencias.

—Pues, hija, yo sólo puedo
salvarte de una manera:
para que no te hagan daño,
preciso es que hacerlo puedas.

—¿Preciso? (la Oveja exclama,
dando un suspiro de pena):
prefiero entónces á todo
mi flaca naturaleza.

La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones;
vale más el padecerlas. —
Júpiter enternecido
bendijo á la mansa bestia,
y ella no volvió jamás
á pronunciar una queja.

J. E. Hartzenbusch.

EL INVIERNO.

ARTÍCULO FRAPPÉ.

No dirán mis lectores que no busco temas y asuntos de oportunidad y de *sensación* para mis artículos. De seguro que hay pocos ni más populares, ni más fres-

cos que *El Invierno*. Para el vulgo el invierno está caracterizado por la duración y la intensidad del frío. Para un astrónomo, es una de las cuatro estaciones del año, que empieza en el momento que la Tierra llega al punto de su órbita más cercano del Sol; momento en que la distancia entre estos dos astros no es más que *treinta y siete millones y medio de leguas*. En esta época, que corresponde al 21 ó 22 de Diciembre, el eje de nuestro planeta se encuentra en la posición más oblicua que puede ocupar con relación á la línea que junta su centro al Sol, de manera que los habitantes del hemisferio boreal (el nuestro) reciben los rayos tanto más oblicuos cuanto mayor es su proximidad al polo. Por esta oblicuidad el calor disminuye sobre la superficie de la Tierra y se producen notables fenómenos de frío en los diversos climas del globo. La duración de la noche crece con latitud, y su máximo, que corresponde al 22 de Diciembre, es de 16 horas. El *polo* que *mira* al Sol goza de la presencia del Sol durante seis meses, y el opuesto está privado de ella el mismo espacio de tiempo. El invierno termina cuando el Sol sale del signo llamado Piscis, allá por el 22 de Marzo.

Todo esto dicen los astrónomos y aún añaden que es una buena lástima que no sea la superficie de la Tierra uniforme y homogénea, porque entonces el frío también sería uniforme para cada latitud. Pero como esto no sucede, el invierno es caprichoso y se presenta sin leyes fijas, para tormento eterno de los sabios y de los tontos.

Antes de la invención del termómetro, era muy difícil estudiar *los frios* y hacer *estadísticas* de inviernos célebres: no había otro remedio que apuntar los fenómenos notables y guardarlos para después compararlos. De todas las observaciones y testimonios que nos legaron nuestros abuelos, resulta que los inviernos han variado mucho y que eran más rigurosos en la antigüedad que en nuestros días. Vean ustedes cómo se podría escribir una bonita obra y de éxito seguro: *Historia del invierno*, dividida en *antigua*, *edad media* y *moderna*. Algo de esto ha hecho

el sabio Arago, y aún creo que defiende la tesis de que el invierno es *estacionario*, es decir, que no ha sufrido variación en los siglos pasados ni lleva trazas de modificarse por los siglos venideros. Pero lo que Arago no puede borrar es la *cronología* de los inviernos *verdaderamente históricos y célebres*, que las crónicas han conservado hasta nosotros:

396 años antes de Jesucristo, nevó en Roma 40 días con sus noches correspondientes.

299 años después de Jesucristo, se heló por completo el Mar Negro.

El año 822 atravesaron el Sena los carruajes más pesados.

En 829 el Nilo se heló por completo.

En el 1009 se helaron todos los ríos de Italia.

En 1210 atraviesan los carruajes el mar Adriático.

En 1218 todas las aguas de Francia se hielan.

En 1327 se cubre de hielo todo el Mediterráneo.

En 1405 el frío hace perecer los hombres, caballos y camellos del ejército de Tamerlán en China.

En 1458 acampa sobre el Danubio helado un ejército de 40.000 hombres.

En 1599 mueren todos los árboles frutales de Europa.

En 1695 se congela el vinagre.

En 1735 marcaba el termómetro 67 grados bajo cero en la Tartaria china.

Y no digo más, porque molestaría la atención de mis lectores, que si han estudiado *metafísica* de seguro cogen una pulmonía con la sola lectura de estos datos; pero falta lo mejor y no quiero dejarlo en el tintero.

Durante el invierno de 1834 en la América del Norte alcanzó el termómetro 40 grados bajo cero, punto de congelación del mercurio. Este fenómeno es bastante común en la Siberia. Según el capitán Parry, hay en la isla de Melville cinco meses del año durante los cuales el mercurio se congela al *aire libre*. En 1808 sirvió este fenómeno para hacer en Moscon numerosos experimentos sobre el mercurio congelado, pues el termómetro se mantuvo muchos días á 46 grados

bajo cero. En uno de sus viajes el capitán Ross hizo cargar un fusil con una bala de mercurio congelado, y este proyectil atravesó una plancha de una pulgada de espesor.

En los países que reina el frío y tienen *la dicha* de leer en la columna termométrica 40, 42, 46 y hasta 50 grados bajo cero, ocurren escenas caprichosas, las cuales tratan de evitar los habitantes y viajeros, tomando muchas precauciones, pues de no hacerlo se exponen á quedarse sin narices ó sin orejas, que es lo que se hiela con pasmosa facilidad, y sin que el paciente sienta la menor molestia.

Así es que muy frecuentemente se ve un transeunte acometido por un agente de policía ú otro individuo, que sin contemplación ni miramientos empiezan á hacerle fuertes fricciones en las orejas y nariz, porque han observado que se le hielan.

La célebre trágica Rachel iba en su coche por las calles de San Petersburgo, cuando de pronto se introduce por la portezuela un caballero y, sin saludarla siquiera, empieza á propinarla sendos restregones en la nariz. A no ser por esto se hubiera quedado sin ella la eminente actriz.

Sin necesidad de ir á Rusia ni al Norte de América, ni á Berlín, ni á París, podríamos decir algo y aún algos de los inviernos españoles, á bien que no estamos en esta materia á la altura de los tártaros y los rusos.

Nosotros los españoles tomamos las cosas con más calma; aquí no se quedará nadie sin narices por el exceso del frío, pero podrá quedarse muy bien sin capa ó sin reloj. Los ricos son partidarios del invierno, porque es la época del *calor artificial*, acumulado en los teatros, casinos, cafés, reuniones y ateneos. Los malos gobiernos temen el frío, porque están muy expuestos á quedarse sin *narices* en los *cuerpos colegisladores*. Para Lagartijo, Frascuelo y demás gente de *coleta*, el invierno empieza después de su *Agosto*. Para los estudiantes es la época de *más calor*, y no se acostumbra á helar hasta Junio. Para los pobres, el invierno es igual en toda la redondez de la tierra.

Ejerce notable influencia sobre todo nuestro organismo y hasta sobre nuestro ánimo. En invierno son más frecuentes los nacimientos, las bodas... y los turrones; hay mucho pavo, pero en cambio no hay melones.

También el arte debe al invierno obras inspiradísimas: no han faltado en ninguna época de la historia genios que le han rendido homenaje y derrochado por él torrentes de gracia é inspiración. En el museo del Vaticano (Roma) existe una estatua que representa el Invierno. Una mujer recostada, teniendo cerca de ella una rama de pino, una tortuga y algunos cisnes que se cubren con pequeños y graciosos geniecillos, constituyen un admirable grupo debido al célebre Yang; fué descubierto en 1805.

En un monumento antiguo de Atenas, encontré otro grupo de inestimable valía como obra escultórica, representando también el Invierno. Una mujer, cuya cabeza está cubierta por parte de su ropaje, tiene á su lado una niña que lleva una liebre en la mano, indicando con esto que la caza es el único ejercicio al que puede uno dedicarse en esta estación del año.

Un hombre coronado de ramas secas y llevando en sus manos frutos secos y aves acuáticas, es otra de las representaciones del Invierno que se conservan en París.

El arte moderno ha imaginado también representaciones de tan cruda temporada. Legros nos lo presenta bajo la figura de un viejo barbudo, cubierta la cabeza con su capa y llevando en una mano un brasero, mientras extiende la otra. Este grupo se encuentra en los jardines de las Tullerías.

En Montpellier hay otro de Houdon que figura una mujer cuya cabeza, pechos y espaldas se ven cubiertos por harapos, mientras que el resto del cuerpo está desnudo: cerca de ella hay un vaso hecho pedazos por el hielo. Este grupo es de los más inspirados y mejor ejecutados que se conocen.

El pintor Doyen tiene un dibujo precioso sobre el mismo tema. «Cibeles, madre de los dioses, representa la Tierra

con sus atributos. Sobre una roca pelada el huracán y la lluvia azotan la venerable diosa. Su carro se encuentra destrozado y sus leones irritados la rodean en actitud de defenderla. Aparece Júpiter con sus genios para aplacar los vientos y las furias y libertar á Cibeles.» El pensamiento es de primer orden y está desarrollado con una valentía y una verdad grandísimas.

Además de éstos, han producido obras sobre el mismo asunto Lagreve, Dejuine, Carlier, Cambó, Lefevre, Droz y otros.

Ya ven Vds. cómo se presta el invierno, no á un mal pergeñado artículo, sino á libros enteros, y sinó preguntádselo á un médico, que os dirá la influencia que ejerce sobre nuestro organismo; á un general en campaña, que por su causa tiene que interrumpir la *matanza* que le proporciona la victoria; á un explorador de las tierras polares, que os haría un tomo de observaciones meteorológicas; á un arquitecto, que os hablaría de su influencia en los materiales de construcción; á un agricultor, que desarrollaría un tratado completo sobre la patata y demás plantas tuberculosas; á un empresario de teatros, á un propietario de un establecimiento de baños, á un fondista, á un carbonero, á una patrona, á un sastre, y, en fin, á quien no tenga capa, y todos, estoy seguro, tienen material de su especialidad para emborronar muchas más cuartillas que las que yo llevo escritas.

El invierno es la época de la actividad intelectual, de la hidrofobia política, de los negocios y, sobre todo, en esta época del año no hay moscas.

J. M.^a Serrate.

MUSICA RELIGIOSA.

Si fuésemos puros espíritus y no nos halláramos ligados con vínculos tan estrechos á la débil materia, bastaría el culto interno para amar y adorar á Dios; pero habiendo recibido del Ser Supremo el alma

y el cuerpo, de cuya íntima union procedemos los humanos, la razon exige que todo el hombre, y no una parte solamente, muestre la sumisión más profunda al Criador. De aquí la necesidad del culto externo que ha existido, existe y no puede menos de existir en todas las religiones que sean una realidad.

Lo que pasa por los sentidos mueve con mayor fuerza á la generalidad y despierta nuestras facultades para que se pongan en ejercicio, tanto, que sería muy difícil conseguir de inteligencias toscas y poco cultivadas que se formasen concepto de la Divinidad, careciendo de símbolos que le dieran alguna idea de lo invisible.

Esta doctrina lógica y tan conforme con la filosofía cristiana, demuestra que los templos, los sacerdotes y las ceremonias religiosas no son innecesarias ó una puerilidad, como creen algunos que se tienen por grandes pensadores, sino un estímulo poderoso para espirituales sentimientos.

Entre los medios más eficaces que emplea el catolicismo para el culto, debe contarse la música, expresada ya por la magestad de los sagrados cánticos, ya por los acordes de instrumentos adecuados, ya, en fin, hasta por el conmovedor tañido de las campanas.

El sabio Prelado, San Isidoro de Sevilla, al hablar de la música, dice que ninguna educacion puede ser perfecta sin ella, que mueve los afectos, distrae y consuela el ánimo para llevar con paciencia los trabajos, calma las pasiones y atrae á las mismas bestias: y Cervantes añade que compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que vienen del espíritu.

El órgano, esa fuente inagotable de sublimes bellezas para el oído, del cuál arranca la mano experta del hombre, ora melodiosos acordes que nos llenan de dulzura, haciéndonos salir del cuerpo para elevarnos en alas del deseo á mundos desconocidos; ora torrentes de atronadora armonía que, atravesando por cien bocas, sobrecogen el espíritu que extasiado contempla la grandeza de Dios; ora, en fin, sonidos indescriptibles semejantes al rui-

do de las hojas mecidas por el viento, al gorgojo de los pájaros, al murmullo de las fuentes, al eco del trueno, ó al rugido de la tempestad; música del cielo que agita de una manera extraña las fibras más delicadas del corazón y hace postrar al alma, olvidada de la grosera materia, ante el trono excelso del Divino Hacedor: el órgano; ese rey de los instrumentos, produce en todos, en el sabio como en el ignorante, en el feliz como en el desgraciado, en el hombre como en la mujer, en el niño lo mismo que en el viejo, efectos mágicos, cuando se hallan pulsadas las teclas por hábiles dedos movidos por un alma piadosa y un corazón sensible.

Cuando el órgano, cuando la música religiosa suena cual debe sonar, parece que la entonan los coros de los ángeles y los cielos que cantan la gloria del Señor; pero cuando, pervertido el santo objeto de esta música, en vez de elevar nuestra mente á la contemplación de lo eterno, saca del templo á nuestras almas y las traslada al mundo, recordándole objetos profanos, y tal vez excitando pensamientos no muy puros, ó avivando amortiguadas pasiones; entonces los ángeles y los cielos se convierten en infernales coros de espíritus caídos que salen de los tubos de metal para turbar el recogimiento de los fieles é impedir que mil labios pronuncien las divinas alabanzas, y los corazones se unan con Dios.

Fuera de contadas y honrosas excepciones, la música que hoy se escucha en los templos es impropia de la austera gravedad de tan sagrados lugares. Piezas de óperas, composiciones de gusto puramente profano y hasta bailables: he aquí lo que oímos en el órgano, música toda que distrae, que disipa y nos hace dudar si asistimos al concierto de un teatro, ó á la casa del Señor.

Tiempo hacía que teníamos intención de levantar nuestra desautorizada voz y protestar contra tamaño escándalo, pues no merece otro nombre, y nos ha movido á realizar tal deseo la noticia que no há mucho leímos en un periódico, de que los graves y multiplicados abusos introducidos en la música religiosa en

muchas iglesias de varias regiones del mundo, han originado la redacción de un reglamento que tiende á mantener la magestad de los cantos religiosos y á que sean desterradas las melodías inconvenientes y profanas, así como toda música calcada en motivos ó reminiscencias teatrales, y mucho más la ejecución de trozos bailables.

Muy digno de alabanza nos parece tan levantado propósito, y de llamar la atención del clero, á quien quisiéramos ver instruido cuanto posible fuera en el sublime arte en que tantas celebridades ha producido nuestra querida patria, y todo esfuerzo se necesita para que veamos aparecer el renacimiento de las magestuosas y conmovedoras notas de los antiguos y famosos Maestros de capilla; porque seguramente se avergonzarían y escandalizados arrebataran los órganos de algunos coros, si levantaran la cabeza los músicos que nos legaron tesoros de inspiración, ó hicieron brotar del poderoso instrumento raudales de celestial armonía.

No creemos fácil que en todas partes se pueda disponer de un buen organista, ó de una excelente orquesta; no pedimos que en un insignificante pueblo se interpreten composiciones clásicas, porque tales pretensiones fueran absurdas: no exigimos que en el templo suenen tan sólo sonidos lúgubres y tétricos, porque sabemos que al lado del Oficio de difuntos, del Miserere y otros sublimes y respetuosos cánticos que escuchamos en los funerales y en Semana Santa, épocas de dolor y de tristeza, tenemos también las sencillas y alegres pastorelas que nos hacen recordar con gozo el nacimiento del Redentor del mundo que vino á salvarnos y fundar una religión que nos hizo á todos los hombres hermanos; pero sí queremos que la música religiosa esté siempre en carácter con el objeto y lugar á que se destina; porque es muy lamentable irreverencia, que quien va á los templos oiga en esa música, en vez de la voz de Dios que le llama al cielo, la del mundo que le detiene en la tierra: en lugar de bellos acordes que le recojan y le hagan olvidar la materia, las juguetonas notas del desenfrenado vals, de la

incitadora polka, de la seductora mazurca, ó de la voluptuosa habanera.

¡Cuántas veces la más timorata de las doncellas dará al traste con toda su devoción, si el organista, al preludiar el aria de una ópera, le representa aquella noche de teatro en que escuchó la primera declaración amorosa, y comenzará setenta veces el Ave María, sin poderla concluir, y tal vez equivocando el nombre de María con el de José! ¡Cuántas veces los compases de una habanera traerán á la memoria de algun devoto, ó los dulces recuerdos de un ruboroso sí, ó el amargo desengaño de tremenda calabaza en una noche de baile! ¡Cuántas veces hasta el pobre viejo, al oír las veloces notas de un vals que tocaba su abuelo, pensará con tristeza en sus verdes años que corrieron con igual rapidez, sin que le queden ya más que huellas de los placeres que fueron! ¡Cuántas veces interrumpiremos todas nuestras oraciones por culpa del inoportuno y poco escrupuloso músico, para trasladarnos con el pensamiento al lugar que haga representar en nuestra imaginación aquella mano enemiga que al pulsar las blancas teclas hace producir negros sonidos con pésimo gusto, incitando á las distracciones y profanando el instrumento de nuestras sagradas fiestas! ¡Cuántas veces, en fin, por la misma causa, la iglesia, llena de cuerpos humanos, se quedará vacía de almas!

¿Y quién es el responsable de tantos males? Repitámoslo una vez más: el músico que se olvida de sus deberes y los que lo consienten pudiendo y debiendo evitarlo; porque si el tiempo empleado en aprender una polka, un vals ó unos rigodones, que sientan al órgano tan bien, como á un santo dos pistolas,—y perdónese la vulgar comparación,—lo hubiese destinado á estudios serios y conformes con los actos religiosos, pudiera cumplir su cometido. El que no sepa otra cosa que piezas de organillo debe abstenerse de tocar, y no interrumpirá siquiera el recogimiento de los fieles que, si van á la iglesia con sana intención, preferirán, porque es mucho más aceptable, el sencillo canto llano á la estrepitosa algaravía producida por mil salidas de tono. En

el templo, ó música buena, y sobre todo propia, ó el imponente silencio.

¿Qué diríamos si en una representación teatral se escuchara el canto eclesiástico del coro, ó la orquesta ejecutara la partitura de una misa, por más que fuese una obra maestra? ¿Cómo se recibiría si en un baile de máscaras se obligase á danzar al compás de sacros motetes? Las personas menos timoratas se escandalizarían de tales profanaciones, y las más despreocupadas que tuvieran algo de cultura artística, reprobarían por lo menos la inoportunidad.

No ignoramos que existen, y se van generalizando en España en determinadas épocas ciertos espectáculos llamados conciertos sacros, en donde se escucha selecta música religiosa, acerca de los cuales no hemos pensado ocuparnos, al hablar de representaciones teatrales; pero tratando únicamente de estas y de bailes, es lo cierto que todos reprobaríamos que lo sagrado se mezclase con lo profano. ¿Por qué, pues, no hemos de indignarnos de que este género sustituya al primero con menoscabo de la devoción y mengua del cristiano culto?

En vista de las ligeras consideraciones que dejamos apuntadas, si se quiere que las fiestas del lugar sagrado no se conviertan para algunos en mero pasatiempo, para otros en una distracción inconveniente de su espíritu, y para muchos en un motivo de censura, es preciso que, cumpliendo los deseos del Jefe de la Iglesia, se destierre del órgano y de las orquestas en los templos toda música que no llene los altos fines que debe tener la religiosa, ya por consideración al arte, ya principalmente por decoro y respeto al catolicismo.

Miguel Atrian y Salas.

BOSQUEJOS.

BLAS Salazar, á quien los negocios bursátiles han enriquecido, es amigo íntimo de Luis Gomez, que se encuentra en situación apurada, próxima al descrédito,

á la ruina y á la miseria, si una mano amiga no le anticipa alguna cantidad para sacarle á flote, salvándole, así como á su familia, del cercano é inminente naufragio que le amenaza. En una palabra, el buque de Luis, desarbolado ya por las continuas y fuertes rachas que le dirige la nube de acreedores que le asedia desde que ha empezado á sospecharse su verdadera situación, hace agua.

En uno de esos momentos de angustia, en que despues de haber examinado por centésima vez sus notas y registros y escudriñando los rincones todos de su caja, solo le quedaba el convencimiento de que la nada era lo que existía á su alrededor, dióse una palmada en la frente diciendo como Arquímedes: ¡Eureka! he encontrado á mi hombre: me he salvado. Escribiré á Blas, pintándole con negros y tristes colores mi situación, el horrible porvenir que espera á mi esposa é hijos; no es posible que él, cuyo corazón bondadoso está siempre dispuesto á prestar su apoyo y su bolsa al que se la pide, me deje solo y abatido, no prestándome los 40.000 reales que necesito.

Dicho y hecho. Escrita la carta y enviada á su destino, Luis no pudiendo dominar su impaciencia, baja á la calle, donde se entretiene en contar las piedras de la arena ó las vueltas que dá la manecilla de su reloj, en los intermedios en que su investigadora mirada trata de descubrir al portador de la anhelada respuesta.

De pronto su rostro se anima, se ilumina, notándose en él y en pocos momentos todos los cambiantes del arco iris. Acaba de divisar á su criada con un pequeño envoltorio en la mano. Corre hacia ella, se lo coge y corriendo y gritando sube la escalera de su casa, cual podría hacerlo cualquiera de sus hijos.

Por el tacto ha comprendido que el paquetito no contiene una contestación evasiva. Sospecha fundadamente que encierra una colección de retratos de Calderon ó Lope de Vega, perfectamente grabados y que reunidos representan los 40.000 reales salvadores.

—¡Adela!... ¡Hija mia!... ¡Esposa querida!... Venid, venid... —decía gritando

con toda la fuerza que á sus pulmones prestaba su entusiasmo.—Si, venid: ¡quiero que lo veais; que os podáis convencer de la belleza de su corazón!... ¡Ah!... Es el modelo de los amigos!... El mejor de los hombres!... ¡Qué delicadeza!, qué finura, qué hidalguía!... Esto me anonada, me conmueve, me obliga; sí, me obliga... ¡Aquí los teneis!... Ha consentido: ¿lo veís?... ¡Cuarenta mil reales!... ¡Mi salvación, la tuya, la de todos!... ¡Y en su delicadeza me devuelve hasta la carta que le he escrito!... ¡Oh!... ¡Esto es admirable!... ¡Ah! ¡Blas, amigo inimitable!... Si en este momento llegases á pedirme mi hija, te la daría sin titubear... ¡Con toda mi alma!... Es preciso que todo el mundo conozca este rasgo de su generoso proceder... ¡Calla!... ¡Llaman?... ¿Quién es?... ¿El vecino?... Que entre... Sí; entre V. D. Benito, entre V... Quiero que V. también lo sepa... No trato de ocultarlo... Sería en mí una villanía... Deseo, pues, que V. conozca la buena y generosa acción de mi amigo Blas... de ese amigo sin igual... que me ha salvado el honor y la vida, prestándome 40.000 reales... Ante V., ante mi familia y ante todo el mundo... prometo solemnemente quedarle reconocido durante toda mi vida... considerándome obligado... Esto, sin perjuicio, como es natural, de restituirle la suma en cuestión... ¡Ah! si me pidiera mi sangre... se la daría, si señor, se la daría... No me conoce V. todavía; no sabe V. hasta donde llega mi agradecimiento; pero ya tendrá usted ocasión de juzgarme... Doy á V. mi palabra de honor que sabré cumplir como caballero... Lo juro... ya lo verá V.

Trascurridos algunos meses encontramos á Luis hablando amigable é íntimamente con su esposa.

—¿Has visto á Blas? le pregunta ella.

—Sí; esta mañana. Le he entregado la primera suma á cuenta de los 30.000 reales que...

—Treinta mil, dices?... Creía que eran 40.000 los que tan generosamente te prestó...

—No hija mía, te equivocas. Pero esto importa poco; es cuestión de cifras que nada tienen que ver con el asunto. Además, cuando se trata de un amigo que nos ha prestado un servicio importante, no debe en manera alguna tasarse su generosidad... Así pues y para que estés tranquila y segura respecto de mis sentimientos, debo afirmarte que estoy tan reconocido cual si me hubiese prestado un millón. Ha hecho todo cuanto ha podido, todo cuanto él es capaz de hacer... pero no debo ocultarte, amiga mía, que hoy he quedado un poco sorprendido... No, no es esta la frase... Casi desengañado... sí...

¿Pues qué te ha ocurrido? pregunta con ansiedad la esposa.

—No trato de rebajar la acción de mi amigo, pero tu comprenderás que cuando se llega á una situación aflictiva, como en la que nos encontrábamos, por muchos esfuerzos que se hagan, no es posible rehacerse en pocos meses. Así pues, no puedo ocultarte que hubiera sido muy útil y conveniente para mí, el poder retardar un año, por ejemplo, la devolución de esta cantidad... En fin te lo digo en verdad, cuando he sacado la cartera del bolsillo y de ella los billetes, creía, con toda mi buena fé, que Blas hubiera rehusado; pues muy al contrario, los ha guardado en seguida dentro de uno de los cajones de su caja... ¡Ha sido una decepción!... Paciencia... Estaba en su derecho... ¿Qué quieres?... No todos somos iguales... ¡Ah! son pocos los que tienen verdadera delicadeza de sentimientos!

—¡Pobre amigo mío! Tienes razón.

—¡Ah! Si hubiera sido á la inversa, te doy mi palabra que no hubiera dejado mi obra incompleta... Pero no importa... Debo recordar el favor de mi amigo y nada más...

—¿Papá, ya recuerdas qué día es hoy? pregunta una mañana á Luis su simpática hija Enriqueta.

—Sin duda. Es el día de tu cumpleaños y para solemnizarlo doy una comida, casi oficial, á la que he invitado á mis mejores amigos.

—Supongo que no te habrás olvidado de invitar á nuestro bienhechor ¿Verdad?

—¿A quién? ¿á Blas?... ¡Creo que un día voy á encontrármelo hasta en la sopal! Si llegase á olvidarme de él, vosotros me lo recordaríais. Vuestro recuerdo constante tiene ya algo de impertinente.

—¡Ha sido tan bueno para nosotros, papá!

—¡Bueno! ¡bueno!... Cualquiera que te oyera creería que me ha hecho tocar el cielo con las manos... ¡Por Dios, mujer!... ¡La cosa no tiene tanta importancia!... Diez mil reales no es ciertamente...

—¡Ah! yo creía que eran...

—Diez mil nada más. ¿Lo oyes?...

—¡Por Dios, papá, no te incomodes!...

—No por cierto: pero empezais ya á cargarme con vuestras exclamaciones y vuestro exagerado reconocimiento.—No puedo cojer un plato, abrir un cajón, cambiar de sitio un mueble, ni encender un cigarro, sin que inmediatamente resuene en mi oído la misma palabra, iguales alabanzas. Blas por aquí, Blas por allá. Vamos, esto se va haciendo ya intolerable... Si continuamos así, creo que llegará á mandar en mi casa y ser la causa de discusiones desagradables... Llegareis á conseguir que reniegue de mi reconocimiento... y de todo... Sé lo que le debo y esto basta... Dejadme tranquilo y no me importunéis más con vuestras jeremiadas.

Encontrándose Luis de tertulia en casa de su vecino D. Benito, á los dos años de haber ocurrido el famoso acontecimiento, conversando amigablemente al calor de la chimenea y viendo desvanecerse en el aire las espirales de humo de los ricos tabacos que saboreaban, este le preguntó sencillamente:

—Hombre, ¿qué sabe V. de su buen amigo D. Blas?

—Francamente... no sé... porque hace ya algunos días que no le he visto...

—¿No se tratan Vds. ya?

—Si...

—Me alegro; porque, vamos... tratándose de un amigo que ha dado á V. una

prueba tan patente de su amistad y de la que he visto á V. tan reconocido...

—Y lo estoy; sí, señor. Por más que desde que él me hizo aquel señalado favor, le haya pagado con otros... hasta con exceso, los 200 duros que me prestó en día aciago para mí...

—¡Cómo!... ¿No fueron más que 200 duros?... Lo confieso: estaba en un error... Creía que era mayor la cantidad.

—Quizá Blas se lo habrá dicho á usted para dar mayor importancia á su acción.

—No señor... Puedo asegurar á usted que...

—Me basta, D. Benito, me basta. No tiene V. necesidad de excusarse. Sin embargo, no debe V. extrañar mi pregunta, puesto que he sabido que anda por ahí contando lo ocurrido, y abultando la importancia del servicio, con el solo objeto de atraerse la admiración de las gentes... ¡Qué quiere V., mi querido amigo! ¡Debilidades humanas!... Desgraciadamente, Blas, es muy débil, sí señor... ¡Ah! si yo hubiera podido sospechar su conducta posterior, no hubiera aceptado de él ni un solo céntimo... Resumiendo, Blas es como los duros falsos. Buen aspecto, buen sonido, pero por dentro... barro ó plomo.

.....

A los diez años, nuestro celeberrimo D. Luis, convertido en millonario gracias á aquellos 40.000 reales que le prestó el generoso Blas, y que sirvieron de base á su fortuna, dá una brillante tertulia en un precioso hotel que ocupa desde hace algunos meses en el barrio de Salamanca. Inmensos salones, ricos muebles y cuanto el lujo y el gusto pueden reunir, por medio de la varita mágica del dinero, se encuentra en aquella preciosa mansion. El pequeño palacio se halla profusamente iluminado. En un elegante gabinete, convertido en *fumadero*, se hallan cómodamente arrellenados algunos personajes ya machuchos, contemporáneos del dueño de la casa, que han abandonado las habitaciones ocupadas por el elemento joven, lamentándose interiormente que sus caras ó su carácter de padres de familia, no les permita marcar

el compás de una polka ó dirigir una trasnochada galantería á alguna beldad.

Encuéntanse, pues, reunidos alrededor de las mesas de juego unos formando grupos, otros entreteniéndose caritativamente en arrancar tira á tira el pellejo de un ausente de quien se titulan amigos.

De pronto uno de estos respetables señores, dice:

¿No saben Vds. el acontecimiento del día?... Vean Vds. lo que dice este suelto de gaceta...

—«Ha sido encontrado muerto, dentro de una miserable habitacion, D. Blas Salazar, persona respetable y conocidísima en los centros bursátiles, que despues de haber gozado de una brillante y desahogada posicion, ha quedado arruinado completamente á consecuencia de las últimas oscilaciones de la Bolsa. Se cree que la causa de su fallecimiento ha sido por efecto de una congestion cerebral...»—¡Ya ven Vds. qué cambios y qué vueltas dan la sociedad y los hombres... ¿Creeo que V. le conocía, Don Luis?...

—No recuerdo bien; pero si no me es infiel la memoria, creo que una vez le saqué de apuros, prestándole cierta cantidad que no he pensado nunca en reclamarle.

Estupefaccion general en el auditorio.

.....

A algunos parecerá exagerado este ligero bosquejo. Si así sucede, les rogamos que estudien y analicen la sociedad actual y verán que la gratitud no es virtud que posee la mayoría de los que componen la generacion presente. Buscando mucho, podrán encontrar algun otro Blas; pero aseguramos sin temor á equivocarnos, que Luises los encontrarán sin esfuerzo alguno, puesto que la mayor parte de los que por nuestro lado pasan, llevan en su interior el germen de la ingratitud.

A. Garcia Llansó.

FISIOLOGÍA POPULAR.

EN LOS CIRCOS.

LA fuerza, la agilidad y la destreza resplandecen en todos los ejercicios que se observan en los circos. Realmente, el escenario actual se diferencia mucho de las antiguas palestras, cuya arena era pisada por lo más florido de la juventud. Los héroes griegos, los vencedores de los juegos olímpicos, los ágiles andarines y carreristas, los vigorosos luchadores, en una palabra, aquella brillante pléyade de las pasadas épocas, se ve reemplazada por una turba de histriones que buscan el aplauso más por la violencia y exageracion de los ejercicios gimnásticos, que por la brillantez y energía de las fuerzas desarrolladas por el trabajo muscular. En vez de los amplios campos de carrera ó los espaciosos anfiteatros iluminados por la espléndida luz del medio día y frecuentados por un público robusto y viril, unos cuantos individuos se reúnen en un mequino local, donde á despecho de todas las reglas de la higiene, van á contemplar las mayores extravagancias, atentados, muchas veces, á las leyes de la biología.

Podría dividirse en tres partes todo espectáculo de nuestros circos actuales, á saber: ejercicios que exigen agilidad y destreza; trabajos que necesitan pleno desarrollo de la fuerza muscular y llevan en pos de sí riesgos más ó menos grandes, y por último, juegos y habilidades cómicas que provocan la risa: los equilibristas, acróbatas y jinetes pertenecen á la primera categoría; los gimnastas de todo género, á la segunda, y los clowns ó payasos á la tercera.

No es cosa fácil repetir los actos que llaman la atencion en las pistas, aún siendo de aquellos que parecen más fáciles, como son los saltos de todo género, los equilibrios y otras habilidades parecidas que ejecutan sin esfuerzo los llamados artistas.

Esto es debido á que la médula espinal, centro que produce los movimientos corporales, es capaz de sufrir una educacion tan perfecta, que el individuo ejecuta de un modo inconsciente, por ejemplo, los peligrosos saltos mortales, sin darse cuenta de ello.

Esto que parece á primera vista inverosímil, es perfectamente exacto. El sistema nervioso no sólo retiene sensaciones, sino que en virtud de ellas reproduce movimientos variadísimos. La educacion influye de un modo poderoso en esto, y la costumbre en la repeticion de los actos hace facilísimo lo que parecía más complicado.

No es necesario entrar en grandes detalles respecto de este particular, poniendo de relieve el mecanismo de los actos reflejos, tanto más fáciles y expeditos, cuanto mayor sea la integridad de los centros receptores. Puede perfectamente compararse con una gran oficina donde se despachan los expedientes con una rapidez en armonía con el buen orden preestablecido y la inteligencia de los diversos empleados que formen parte de este centro.

Todos los actos, áun los más sencillos, pueden complicarse si no existe armonía en los variados medios de realizarlos. Así, por ejemplo, la progresión y marcha, que es uno de los primeros movimientos inconscientes que se aprenden, se complica extraordinariamente en los casos en que enfermedades várias entorpecen la acción muscular ó nerviosa, y en cambio, las maravillas de la memoria se realizan sin esfuerzo ni dificultad alguna en un cerebro bien organizado y educado convenientemente.

Por esta causa se comprende sin gran trabajo cómo un organismo que se prepara en los primeros años de la vida para ejercicios corporales ó intelectuales, puede llegar á realizar maravillas. Esta es la razon de que exista, á despecho quizá, pero á veces con tácito conocimiento de las autoridades de algunos países, cierto comercio, ilícito siempre, entre familias indignas y saltimbanquis de profesion. La vida nómada y aventurera de estas gentes permite ocultar durante mu-

cho tiempo estos crímenes, no siendo infrecuentes los raptos de menores, y siendo cosa corriente que segun las aptitudes físicas de la criatura, sus padres legítimos la entreguen á otros compañeros, á guisa de maestros, á fin de que hagan de ellos clowns, gimnastas, etc.

Víctor Hugo ha flagelado con su látigo de acero, en la obra admirable *L'Homme qui rit*, la época en que se estendian por Europa los *compra-chicos*, autorizados por gobiernos autoritarios, como el de Santiago I de Inglaterra. Habia individuos que se ocupaban en desfigurar el rostro del pobre niño, levantando las cejas mediante bridas cicatriciales, y rasgando los labios de la manera que hasta hace poco los clowns se pintaban la cara, pues la moda tambien entra en los círculos, y hay ejercicios antiguos y trajes desechados, pero no es debido á esto el cambio verificado en la parte cómica. Obedece á que clowns inteligentes, como *Billy Hayden*, á quien conocimos, han estudiado prácticamente la fisiología de la risa, y observan que produce más efecto el simple contraste de la *necedad seria*, que la *risa forzada*, por eso esos restos de mascarillas que recuerdan el rostro del *homme qui rit*, tienden á desaparecer, y los actuales payasos se esfuerzan á representar la estupidez en el semblante, provocando carcajadas con las llamadas tontunas, realizadas con imperturbable formalidad, y contrastando con las frases ingeniosas y dichos agudos que no sueñan bien en lábios pintados de almagre y no parecen cobijarse á gusto bajo una pintarreada y ridícula peluca.

Ya veremos, al hablar de los clowns, que hay dos clases, por así decirlo, y volviendo al punto que tratábamos, es decir, recordando lo que hemos expuesto respecto del automatismo medular, expliquémonos en cierto modo, ántes de entrar en detalles, la manera de ser de todos los actos que se pueden observar en una funcion de circo.

Dr. Tolosa Latour.